

Modelos educativos familiares

Las referidas pautas educativas se inscriben en unos marcos de carácter psicosocial más amplios y complejos. En tales marcos se manifiesta de forma global cómo cada familia crea un clima y un estilo educacional. La forma real que adopten depende de innumerables elementos. Atendiendo a diversas variables significativas, como el ejercicio de la autoridad, el diálogo o el afecto, se pueden diseñar cinco modelos educativos:

A) Modelo protector: En él los padres hacen muy intensa la relación con los hijos. Están cerca de ellos. Los consideran muy débiles y expuestos a todos los peligros. Se obsesionan por su salud y por el riesgo de los malos amigos. Por ello siguen de cerca todos sus pasos. Los aconsejan sin cesar, y llegan a pensar o incluso decidir por ellos. Acaban imponiéndoles un ritmo de vida artificial, confeccionado desde sus criterios y prevenciones. Para compensar el ahogo a que los someten, los colman de atenciones, los alaban, se anticipan a sus necesidades, les satisfacen sus deseos.

La superprotección asfixia la iniciativa y autonomía del niño. Este, dormido en la dulce atmósfera que le ahoga, puede prolongar su infantilismo hasta muy tarde. En su dimensión afectivo-sexual seguirá buscando protección en el otro sexo. En su proyección socio-laboral seguirá añorando el mundo pequeño y seguro del hogar.

B) Modelo represivo: En él los padres no se contienen en el justo y razonable control exigido para la convivencia, sino que pretenden modelar la conducta de los hijos de forma rígida e indiscutible. Imponen el acatamiento ciego a su autoridad y valoran ante todo la obediencia, el orden y la entrega a las tareas asignadas. Incluso recurren a castigos en caso de desvío. La comunicación de padres a hijos es cerrada y unidireccional; no abierta y recíproca.

Este estilo nace con frecuencia de la necesidad, a veces inconsciente, que los padres tienen de compensar sus frustraciones o complejos, dominando a alguien más débil. Los hijos sufren este trato injusto, que tiene efectos negativos en su socialización. Se vuelven más pasivos e inseguros; se autoestiman menos y tienen menor proyección social; sufren carencia de autonomía y de creatividad. Sin embargo, en algunos casos pueden reaccionar en rebeldía y evolucionar hacia el polo opuesto de las exigencias paternas.

Pero el que algunas familias caigan en esta exageración represiva no significa que sea un defecto general de toda vida familiar, como ha proclamado cierta antipsiquiatría que pretende suprimir la familia para liberar los instintos supuestamente reprimidos en ella.

C) Modelo explotador: Algunos padres no ven su misión como una entrega al servicio de sus hijos, sino que consideran los hijos como una inversión para obtener rentabilidad de ella. Es frecuente que los padres esperen de sus hijos atención en la decrepitud de la vejez, pero algunos

quieren beneficiarse de ellos inmediatamente. Estos no educan a los hijos hacia el crecimiento, la autonomía y la vida personal. Al contrario, en vez de orientarlos y prepararlos para el futuro, los enrolan en el mundo del trabajo o incluso los introducen en la delincuencia o la prostitución.

La explotación de los niños, que se une con frecuencia a la de la mujer, no sólo bloquea su desarrollo formativo, sino que con facilidad los hunde en unas situaciones de violencia y marginación que vuelven problemática su integración futura como miembros normales de la sociedad.

D) Modelo permisivo: Los padres, llevados por su timidez o amor mal entendido, evitan en lo posible el uso de su autoridad, así como el recurso a restricciones o castigos. Mantienen actitudes de tolerancia ante los impulsos de los hijos, incluso hacia sus excesos o manifestaciones de agresividad. Bajo el pretexto de que no hay que reprimir a los niños, se inhiben, no usan de su autoridad y regulan poco sus actividades. Les dedican afecto, pero no les exigen perfección y responsabilidad en sus tareas, ni mucho menos los castigan.

La permisividad no deja de ampliar sus límites y al llegar a ciertos extremos los padres ya no son capaces de reconducir la educación de sus hijos. Por ello acaba teniendo efectos negativos sobre la socialización pues falla en inculcar el autocontrol ante los impulsos agresivos, en estimular el vigor o en persuadir la responsabilidad, tan necesarios para conquistar la autonomía personal.

E) Modelo autoritativo-cooperativo: Las padres son conscientes de sus derechos y deberes, así como de los derechos y deberes de los hijos. Perciben las necesidades y deseos de éstos y procuran responder a ellos, pero a la vez inculcan a los hijos la aceptación de las propuestas razonables de los padres. Estos establecen reglas claras y pueden acudir a mandatos y castigos, pero sólo cuando es necesario y razonándolos. Combinan el control con el estímulo de la autonomía e iniciativas del hijo. La comunicación entre padres e hijos es frecuente, abierta y recíproca.

Los padres se distribuyen armónicamente los roles en el hogar. Cada uno aporta lo que los hijos esperan: *"El niño espera amor de su madre. De su padre espera sobre todo autoridad. Amor materno y autoridad paterna son dos fundamentos indispensables en el buen equilibrio de las relaciones familiares"* (Erich Fromm).

Este estilo es positivo para la socialización y genera menos conflictos, pero exige gran compromiso paterno y una intensa implicación afectiva. Favorece la autonomía, la iniciativa, la autoestima y la responsabilidad de los hijos. Estos son menos agresivos, más confiados y sociables. Por ello es positivo para la socialización.

Limitaciones formativas de la familia

Las tareas formativas y socializadoras confiadas a la familia son largas y complejas. Su realización satisfactoria exige de los progenitores un alto nivel de

formación, entrega y perseverancia. Las cualidades y hábitos que desean infundir en sus hijos deberían antes poseerlas ellos mismos, aunque es muy raro que ellos estén dotados de la perfección que exigen. Más bien ellos se guían en su acción formativa por los modelos y valores colectivos vigentes en su ambiente.

En cualquier caso dentro de la familia deberían dominar unos deseos y mostrarse unas actitudes que de una forma más o menos difusa acabasen coincidiendo en la búsqueda activa de una convivencia positiva para el bien de todos sus miembros. Seis metas principales serían los focos de convergencia de esta preocupación familiar:

- Mantenimiento de unas relaciones mutuas afectuosas y cordiales, tan alejadas de la frialdad como del agobio envolvente.
- Comunicación frecuente y fluida que fomente la implicación común, sin tensiones ni rupturas en el trato.
- Cauces para solucionar los conflictos internos sin humillar ni aplastar, sino subordinándose todos a las metas comunes.
- Convivencia duradera y estable que mantenga por encima de los puntos negativos la continuidad de la acción formativa.
- Acuerdo de los progenitores en torno a las normas generales que exigen en el hogar, sin discrepancia ostensible.
- Coincidencia básica en cuanto a los valores fundamentales que dan sentido a su vida y a su acción educativa.

Cuando estas disposiciones faltan, por deficiencias personales o presión de las circunstancias, la acción formativa de la familia puede verse disminuida o incluso desaparecer. Por ello la familia no es un medio educativo infalible, sino limitado y parcial. No puede realizar todas las tareas formativas que exige la completa preparación de sus hijos por la enorme envergadura de éstas.